

## El Último Atardecer

Cuando todo hubo sucedido, la mentira había ocultado a unos, y podrido a otros...

Prólogo  
La última nota de la flauta

La dulce melodía de la flauta sonaba tierna al perderse entre las hojas del bosque, que bailaban con su ritmo delicioso. El otoño ya había dejado caer las primeras hojas, que volaban tristes y amarillentas de un lado al otro del prado que se extendía frente al muchacho. Recostado sobre uno de los primeros árboles que se perdían tras de sí, observaba ese vaivén tranquilo, pensando en lo que estaría sucediendo ahora mismo en palacio. A lo lejos, bajo las estrellas, la vieja torre se levantaba impávida, serena ante la tormenta que en su interior se libraba. Algunos pequeños puntitos de luz advertían de que aun no había terminado, de que dentro aun estaban todos, celebrando y olvidando. Con el pensamiento, una nota se le escapó sin tono, muda ante el pavor de tanto sufrimiento. Ella ya estaría llorando a estas horas, sin saber que todo pasaría, y que nadie sabría nada. La luna lo decía desde lo alto, todo estaba ya bien y nada más importaría. Su expresión cándida reflejaba una calma que se perdía entre la luz azulada, desvaneciéndose por la mentira. Todo había sido ocultado y ya nada regresaría, ella podía dormir tranquila, no la descubrirían. Él se llevaría el secreto consigo muy lejos, tan lejos como sus notas le permitieran, ocultándolo todo en invisibles lazos de impotencia.

La última nota de la flauta sonó, dejando el verde prado en silencio, el hermoso silencio del otoño, y el muchacho, cumpliendo su promesa, se levantó y se internó en la oscuridad del bosque, siguiendo el camino que su dulce melodía le había explorado, perdiéndose y sin mirar atrás...

## Las Flores de la Mentira

La vieja extendió la mano derecha y soltó bruscamente un saquito de cuero sobre la del cocinero, que lo esperaba intrigado, y con la izquierda agarró al chico clavándole sus asquerosas uñas.- Muchacho, haz lo que se te ha ordenado y obtendrás lo que pides. No hagas preguntas si deseas conseguir aquello que tanto ansías, pues la magia es caprichosa, y tan sólo con actos de fe llegan las recompensas...- Él asintió, y sin abrir la boca, miró los ojos de la vieja bruja, que desde el interior de su capuchón respondían ante su incertidumbre. Convencido, se guardó el saquito de cuero en un bolsillo y habló tembloroso.

- No os defraudaré. Lograd lo que se os ha sido pedido y haréis de mí vuestro más ferviente servidor...

- Muy bien chico,- Dijo ella sonriendo, aunque eso él no lo vio entre tanta oscuridad.- sé que vales lo que alardeas, así que lleva a cabo este acto de fe y te será todo concedido.

El cocinero también sonrió, y ella, al verlo, supo que su misión tendría éxito, por lo que lo soltó y se marchó perdiéndose por un oscuro pasillo que terminaba en la fría tarde. Él, viéndola perderse, se dio media vuelta y entró en las cocinas, donde la ebullición de la fiesta era más estresante que nunca. Todos caminaban y gritaban llevando cosas de aquí para allá, y las grandes encimeras rebosaban repletas de comida deliciosa, lista para ser servida. Ése era el momento. Con la mano que aun llevaba en el bolsillo de su pantalón, comenzó a abrir el saquito de cuero que custodiaba, y caminó sorteando mesas y demás cocineros atareados hasta llegar frente a las bandejas que ya se estaban llevando a servir a los comensales, que se divertían en la habitación contigua entre voces y músicas excelentes.- Yo llevo ésta.- Dijo entre el griterío cogiendo una de ellas, de la más fina plata y cargando un tremendo puchero de caldo hirviendo. Al caminar hacia la puerta que llevaba al gran comedor, sacó la mano del bolsillo y dejó caer unos hierbajos en ella, casi no pudo verlos, pero le parecieron como capullos de flores marchitas que se fundieron en el calor de la sopa. Con el corazón latiendo a más velocidad que sus pasos, llegó hasta una de las grandes mesas, donde se sentaban los más importantes personajes de la nobleza de los alrededores. Señores y doncellas de alta alcurnia que, como cada año, se reunían a celebrar la Patrona, la fiesta del día de Santa Eulalia de la Viña, como siempre, invitados por el Duque, en su palacio de Rivendue. La antigua atalaya había sido construida por sus antepasados en el tiempo en que fuese nombrado al primer Duque de Praviante, en aquellos mismos salones fue donde se le armara caballero, bajo la espada del Rey Oluer, fundador de la

Corona. Ahora, ante sí, el joven cocinero tenía a los Marqueses de Von Sargua, una pareja de amargados ricachones que vivían para pelearse y dar que hablar a los demás. Éstos estaban sentados junto a los Duques, y frente a sus padres, la pareja que recientemente se había prometido, lo que uniría a las dos familias, la de Pravianne con la de Von Sargua, éstos últimos habían ansiado ese momento desde hacía mucho. Ella era la hija mayor del Duque, Lizenn de Pravianne, que aunque aun contaba la edad de quince, terminaría convirtiéndose en Duquesa, a no ser que antes naciera un hijo varón de su padre y su madrastra, desesperada hasta la depresión por conseguirlo. A todo esto, Lizenn ya contaba siete hermanas. Su prometido, el jovencito Sirges de Von Sargua, era heredero del Marquesado, famoso por la larga tradición de los vinos que llevaban su nombre, lo que les aportaba beneficios como para tener un palacio incluso mejor que el de los Duques, si cabía. La unión de los dos jóvenes sería beneficiosa para todos. Él estaba loco por ella, y ella... Ella le quería muchísimo, tanto como para querer olvidar todo su pasado y dejarlo escondido en algún cajón cerrado... Entre la conversación de mayores, los dos se cogían de la mano bajo la mesa con cariño, él le rozaba el dedo meñique con su índice, y ella, sonrojada, sonreía embobada, y entre miradas fugaces y vergonzosas, le dijo en un susurro:- Luego tenemos que hablar...- La voz sonó tierna y dulce, como una nota preciosa entre el bullicio del banquete, aunque a sus ojos asomó una pizca de culpabilidad, una necesidad de confesión. Él, ante aquello, la miró temeroso, advirtiendo que se avecinaba algún cambio...

El cocinero, rompiendo a propósito la tensa escena, metió el brazo con bandeja y todo entre ambos, hasta colocarla sobre la mesa, donde la removió con un cucharón y dijo nervioso:- Este caldo, señores, ha sido preparado especialmente para los prometidos, el chef espera que sea de su agrado y digno de vos.- Hizo una primera reverencia ante la pareja y otra seguida ante su Duque y señor, y se marchó sin poder dejar escapar una mirada hacia la muchacha, tan bonita y dulce...

## El joven Marqués embriagado

**L**uego tenemos que hablar...- Había dicho la preciosa muchacha frente a sí en un delicioso susurro que nadie más llegó a escuchar, justo cuando algo se interpuso entre sus miradas, interrumpiendo el momento y ocultando ese verde de sueño a cuyo último vistazo asomó una pizca de arrepentimiento y culpabilidad. Él la observó consternado, y de pronto quedó inmerso en la duda. Una simple frase que confirmaba todas las sospechas, algo ocurría y por fin iba a saberlo... Desde aquel momento había quedado dudando el jovencito Marqués, cuando fueran interrumpidos y todo quedara en lo trivial tras el aturdimiento, y ahora, ya un rato después, habiendo terminado el banquete, los dos jóvenes bailaban en el centro del salón, nadando en un mar de parejas. Él miró a su amada cautivado, danzando al son de la música excelente, a sabiendas de que todos los estarían observando, pero olvidando tal pequeñez con lo agradable de la situación. A pesar de ello, la duda le carcomía. El baile continuó hasta su fin, y entre tanto, en un momento hechizado, ella le tomó de la mano fuertemente y se lo llevó a un rincón, donde nadie los veía, allí ambos se dijeron cuánto se querían y en un beso increíble se fundieron, saboreando cuánto se deseaban. Entre la penumbra de algunos oscuros recovecos de palacio, ella le habló de todo lo que habían vivido juntos, de lo unidos que estaban y de lo doloroso que sería perderle, pero que en el fondo de su alma había una espina clavada que urgía ser desclavada, le contó algo que había ocurrido, algo que había sentido, algo que tardaría en olvidar, pero que desde ese momento quedaría atrás ya para siempre, envuelto en las sombras de lo lejano. Él, embriagado, lloró sabiendo que no la podía perder, y que su vida se iría con ella si se marchara, y le perdonó todo lo ocurrido, haciéndole prometer que ya nunca más sería nombrado ese mal que los atormentaba. Ella quiso aceptar en el primer instante, ya palpando esa esperanza que tanto anhelaba, y en su desesperación y arrepentimiento, se limitó a asentir... Los dos jóvenes se abrazaron por un largo y cariñoso rato, hundido en las lágrimas, hasta que ella se separó emocionada por la pesada carga que cumplir la promesa conllevaría, y dolida, le pidió perdón por tener que ausentarse. Él, destrozado, le contestó que se retirara si así deseaba, que él la estaría esperando en los comedores, donde los demás bailarían hasta que cayera la noche. Y en caso de no regresar, él volvería a su lejano palacio, y allí esperaría hasta que ella lo llamara...

## La doncella que lloraba frente a su espejo

La preciosa doncella se arrodilló frente al gran espejo de su habitación, situada en lo alto del torreón del palacio, desde donde nadie podía oír sus llantos. Levantando la mirada, y por casualidad entre sus cabellos oscuros, se vio a sí misma ahí tirada, y se sintió muy abandonada. Tan abandonada como para saltar por la ventana del torreón y arrojarse al vacío, entregándose al hermoso atardecer, que se llevaría su vida con el día... La preciosa chica había subido llorando desde los salones, donde esa noche se celebraba la gran fiesta, a la que habían acudido los más honorables personajes de la nobleza local. Aquello que le había ocurrido no se lo contaría a nadie, jamás, y se llevaría consigo el ruinoso momento hasta olvidarlo. El desorden que podría producir entre aquellos invitados sería tal si la descubrieran, que sería desterrada, incluso más allá de ese día que ya terminaba. “Márchate condenado atardecer, y acaba ya con esta farsa montada. Llévatelos a todos lejos, bajo sus tejados de oro y miel, y déjame de nuevo sola entre mis paredes descubiertas”, pensó mirando el reflejo de la bola roja que era el sol en su gran espejo. Le dieron hasta ganas de romperlo, resquebrajarlo hasta no ver más el negro de la noche que tanto ansiaba que llegara. Pero no llegaba. Por mucho que pasase el tiempo, ella permanecía ahí arrodillada y llorando frente a su espejo, maldiciendo y guardando el secreto de lo que le había sucedido esa tarde, a hurtadillas por algunos oscuros recovecos del palacio...

En tan sólo unos pocos días todo se había venido abajo, un plan concebido desde hacía tanto como recordaba, que ya sólo daría frutos amargos y que tardaría en olvidar. Una pieza tras otra habían ido cayendo en la estrategia de su plan desde que su niñera, la *Gorda Holley*, hubiera desaparecido. Ella sabía bien por qué, lo ocultó en un secreto que tampoco jamás revelaría. Hasta hoy había conservado la calma, a la espera del gran día, pero al llegar, todo cayó en desastre y ahora el secreto amenazaba con estallar.

Lo que menos deseaba era que, para colmo, su prima, Adly, fuera a ser nombrada heredera. Con el paso de los años, todo se perdería y arruinaría, hasta las noches se harían más oscuras... Al final de ese día y esa noche, al haber terminado ya todo, quedaría todo resuelto, al menos para algunos, y el secreto casi intacto, pero si ella era nombrada, removería las Líneas del Tiempo hasta saber todo lo ocurrido...

La doncella golpeó suavemente su espejo, en un intento de ahogar al sol en la noche, a sabiendas de que no lo lograría. Se llevó la manga a la cara y se restregó los ojos fuertemente, casi haciéndose daño, y se acurrucó a sollozar hasta quedarse profundamente dormida. Pronto llegó la noche ansiada, pero

ella no llegó a verla. El atardecer se había marchado con el día en un rojizo espectáculo y había dejado pasear a la Luna, la cual se encontraba mirando atentamente a través del ventanuco de su torreón, donde dormía sin saber que todo allá abajo, en la fiesta, continuaba en ebullición, y los hechos seguían cambiando el discurso del Destino...

Epílogo  
El secreto de la Gorda Holley

**C**uando el cadáver fue encontrado, al pie de la torre de palacio, agarraba fuertemente con las manos una hoja arrancada de algún viejo grimorio, una nota en el tiempo... La amargada niñera que siempre había cuidado a la muchacha ahora sólo inspiraba pena, y no ese terror que siempre le había infundado. Con los ojos abiertos en esa expresión de ahogo, de impotente despedida, de horror ante la lejana llegada de un mal que ni siquiera sufriría, yacía tendida la gorda mujer, con el delantal azul que siempre llevaba, manchado de su propia sangre. La caída desde lo alto de esa torre había sido tan sólo un instante, el último de su vida, y al terminar, murió con esa nota en las manos, que alguien recogió y ocultó...

Apoyada en su regazo, inmersa en su absoluta inocencia, había una muñeca triste, ahí tirada, caída desde lo alto de la torre de palacio y a la espera de ser también recogida. Aquella que la recogería de esa escalofriante escena caería víctima de su conjuro, que perduraría por generaciones hasta cambiarlo todo demasiado: Una tristeza contagiada durante las largas y oscuras noches del Mundo...